

Día, 31 diciembre. Hora, 23:40. Lugar, ascensor. Situación, dos encerrados. Mujer, ANA, de 30 años atractiva, con un aire desenfadado y mirada desafiante. Hombre, ALEJANDRO, de 50 años, guapo, ordenado en sus movimientos y mirada suave.

ANA

¡Qué bien! Deseaba que pasara algo así. ¡Sí, sí, sí, por fin!

ALEJANDRO

(incrédulo)

¿Cómo?

ANA

Estoy harta de mi rutina, hasta las narices. ¿Cómo te llamas?

ALEJANDRO

Soy Alejandro. No me puedo creer que estemos encerrados... Tengo que llegar a la fiesta.

ANA

Cuéntame, ¿qué fiesta tienes?

ALEJANDRO

(la mira extrañado. Mientras intenta contestarle busca su móvil agobiado)

¿Cómo? La verdad, bueno, no sé... Una del despacho. Ya sabes, celebrar el fin de año.

ANA

Vaya, pensaba que tendrías una juerga con amigotes de la universidad en un local de striptease con servicio completo.

ALEJANDRO

(sorprendido pero sonríe)

¿Cómo te llamas?

ANA

Ana.

ALEJANDRO

Ana, ¿a ti te da igual estar encerrada en un ascensor justo veinte minutos antes de celebrar el fin de año?

ANA

Estaba deseando que me pasara algo así. Un poco de aventura siempre va bien, pero... eso sí, sola sería otra cosa.

Alejandro, con el móvil en la mano, ve que no tiene cobertura.

ALEJANDRO

¡Mecachis!

ANA

(ríe de la expresión utilizada por él. Lo ve ofuscado y grita)

Eo, eo, ¿hay alguien allí? ¡Hola!

ALEJANDRO Y ANA

¡Hola! ¡Estamos encerrados! ¡Eo! ¡Eo!

Nadie responde. Alejandro intenta sobrellevar la situación. Se quita la americana.

ALEJANDRO

Bueno, hablemos. Ana, ¿verdad? Un nombre precioso. Y tú, ¿en qué trabajas?

ANA

Soy teleoperadora. Un desastre. Estoy continuamente escuchado quejas y la empresa, por supuesto, no tiene en cuenta que esa no es manera de vivir, ¡siempre irritada!

ALEJANDRO

Ya.

ANA

(acalorada)

Camino por la calle y cuando miro a la cara de la gente lo único que pienso es: ¡Serás tu el cabrón o cabrona que me ha llamado esta mañana!

ALEJANDRO

Vaya.

ANA

(muy alterada)

Hoy, por ejemplo, he ido a comprar pan y al dependiente no le dejaba

(MORE)

ANA (cont'd)  
 de sonar el teléfono. Normal, ¡si  
 no contesta no dejará de sonar!. Y  
 de repente, me mira y me cuenta, el  
 muy subnormal, que está harto de su  
 compañía telefónica. ¡Qué hace un  
 rato ha hablado con ellos y que los  
 ha mandado a la mierda!

Ana se da cuenta de que está sudando y apretando las manos  
 con fuerza. Habla para sí misma.

Ya, ya, me calmo. Cálmate.

ALEJANDRO  
 (comprensible)  
 Ya sé, no es un trabajo fácil.

ANA  
 Ni que lo digas.  
 (más sosegada)  
 Basta de hablar de mi, y tú, ¿qué  
 haces? ¿En qué trabajas?

ALEJANDRO  
 (mirándola a los ojos respira  
 hondamente)  
 Soy directivo de Telefónica.

Los dos enmudecen. Pasan unos segundos sin mirarse ni  
 hablarse.

ANA  
 ¿Tienes hora?

ALEJANDRO  
 Sí, las doce menos cuarto.

ANA  
 De todos modos, me caes bien. Hay  
 algo en ti que me resulta cercano.  
 Será que es la primera vez que veo  
 sudar, como yo, a un directivo.

Los dos ríen. Alejandro se sienta en el suelo.

ALEJANDRO  
 Diría que no te queda más remedio.  
 Tengo que caerte bien aunque sea  
 por un ratito más.

ANA  
 No te creas, podría sacar mi navaja  
 del bolsillo y apuñalarte.

Ana se sienta a su lado. Sonríen.  
Oye, por curiosidad ¿te están sudando los pies?

ALEJANDRO  
(sorprendido)  
Vaya con tus preguntas... pues no lo sé.  
(se saca los zapatos y calcetines para comprobarlo)  
Pues un poco, por lo que veo.

ANA  
Ahora sí que estoy aún más cerca de ti, no sólo te sudan los pies sino que también te huelen.

Alejandro no da crédito. Ana se saca los zapatos y los calcetines. El ascensor empieza a oler mal.

ALEJANDRO  
Creo que quieres que me ponga los zapatos.

ANA  
No hombre, dejemos que los olores nos unan.

ALEJANDRO  
Eres una mujer distinta.

ANA  
Estoy intentando quitarle hierro a todo el asunto; pero si prefieres que seamos normales, tranquilo, que saco el cuchillo.

Ana se mete la mano en el bolsillo haciendo gesto de sacar el supuesto cuchillo. Alejandro duda por un instante.

ALEJANDRO  
¿Qué haces? Venga va... Una pregunta de las tuyas, ¿babeas cuando duermes?

ANA  
(riendose)  
Eso sí que me parece íntimo. Inconfesable.

ALEJANDRO  
Pues venga listilla, pregunta tú.

ANA

A ver, déjame pensar... Seguro que eres de esos que mientras están conduciendo su cochazo se sacan un moco y luego intentan tirarlo por la ventanilla.

ALEJANDRO

No.

Alejandro la mira y decide contarle un problema que tiene. Pero sí que me entusiasma ir desnudo por mi casa, cosa que a mi mujer le pone muy nerviosa. De hecho, me encanta hacer todo desnudo. Eso sí, cuando cocino me pongo un delantal por si las moscas.

ANA

(sorprendida)

Ah.

ALEJANDRO

Mi mujer no para de decirme que ensucio la casa si voy así. ¡Pero vaya tontería! Será todo lo contrario, la casa me mancha a mi. Pero ella insiste en que dejo pelos por todos lados.

(pausa)

Hasta que me cansé de escucharla y el otro día decidí depilarme entero.

ANA

¿Todo el cuerpo?

Alejandro se saca el pantalón para mostrarle las piernas.

ALEJANDRO

Sí, y no veas el daño que me hizo. Mira, mira, lo tengo todo irritado. Pero ya está, sin pelos.

ANA

Ya veo.

ALEJANDRO

Eso si, los pelos de los...

Se saca el calzoncillo y la camisa.

ANA

Ya, ya, ya me imagino.

Alejandro está completamente desnudo.

ALEJANDRO

La verdad, no sé qué hacer porque  
me han quedado unas ronchas rojas  
aquí que me duelen un montón...

(le muestra la entrepierna)

Y también aquí...

(se incorpora para enseñarle  
la espalda)

Es muy incómodo. ¿Tu no sabrás de  
alguna crema que me pueda ir bien?

Ana sigue sentada totalmente alucinada. Alejandro está de  
pie en pelota.

Por cierto, ¡qué hora es!

(mira el reloj)

¡Son las doce y un minuto!

Alejandro extiende los brazos para levantar a Ana y la  
abraza.

¡Feliz año nuevo Ana!